

*Idilios, enamoramientos, mitos y paradojas*¹

Carlos Yela García (Octubre 2012)

Lo que estas imágenes tienen en común es la evocación de uno de los momentos más intensamente vivenciados por nuestra especie: el beso. Y, más en concreto, el beso enamorado. Los besos que aparecen en estas fotografías no son besos apresurados, ni rutinarios, sino besos apasionados, con estrecho contacto entre los amantes, entregados, besos donde parece tener más cabida el amor romántico o pasional que el "amor compañero", o que el mero deseo sexual (entiéndase ese "mero" como estrictamente descriptivo, sin ningún matiz peyorativo en absoluto).

Los escenarios y vestuarios, todos ellos bañados por el lujo, apuntan directamente a una relación entre el amor romántico y el consumo. Y si bien sería demasiado cínico -además de inexacto- afirmar que el amor es solo un objeto de consumo más, sí es cierto que "el capital" ha encontrado en el amor romántico un amplio mercado (viajes románticos, cenas románticas, celebración de uniones, aniversarios, día de San Valentín, etc). Y los medios de comunicación de masas se encargan de reforzar ese vínculo. De hecho, los mass media son el principal agente responsable de lo que conocemos como "socialización romántica", a través de la cual, el niño -primero-, el adolescente -después-, el adulto -más tarde-, y el viejo -finalmente-, aprende cómo, cuándo, dónde, por qué e incluso de quién enamorarse (y -tanto o más importante-, cómo, cuándo, dónde, por qué y de quién no hacerlo). Aprendizaje que funciona de forma muy eficaz, y tanto más en la medida en que no nos damos cuenta de ello. Entre las cosas que aprendemos sobre el amor, desde los cuentos infantiles a las películas de Hollywood, pasando por las letras de las canciones de moda, están los mitos románticos, a los que nos iremos refiriendo.

Además del lujo, hay dos factores presentes en todas las imágenes: juventud y atractivo físico. Es cierto que no aparecen las caras -lo cual, por cierto, dota de un gran interés y originalidad a las fotografías-, pero se trata de modelos jóvenes, elegantemente vestidos y peinados, altos y con buen aspecto físico. Y, precisamente, juventud y atractivo físico son dos de las presiones sociales que todos sufrimos -en menor o mayor medida- en nuestra socialización romántica. Nuestra sociedad ensalza la juventud y la belleza, así como la pasión, y nos enseña a vincularlas. Nuestra sobrevaloración del atractivo físico está ampliamente documentada y afecta no sólo al amor (Sangrador y Yela, 2000) sino a todas las esferas de la vida social, incluidos los procesos de selección de personal o los Tribunales de Justicia (!) (como comprobamos en cualquier manual de Psicología Social o de Psicología Jurídica).

Por otro lado, el hecho de que la mujer siempre sea la misma en todas las imágenes, pero el hombre siempre diferente, podría interpretarse -si así se quiere- como una metáfora de la tendencia actual hacia lo que se ha dado en llamar "monogamia sucesiva". De esta forma, la persona -en el caso de nuestras fotos, la mujer- se asegura el cumplimiento de los mitos (normativos) de emparejamiento, exclusividad, fidelidad y pasión, y en el momento en que esta última decae cambia de relación. Naturalmente esto no hay por qué entenderlo como algo frívolo, pues en muchos casos genera un fuerte sentimiento de fracaso, culpa y decepción, no

¹ Para mi (grata) sorpresa, la autora de estas fotos, sin conocerme -o conociéndome sólo a través de la lectura de mis trabajos-, me solicitó que describiera lo que me sugerían estas imágenes, fundamentalmente en relación con los mitos y paradójicas románticas de las que he hablado en diferentes lugares (Barrón, Martínez, De Paúl y Yela, 1999; Yela, 2000, 2003) . Entendí y entiendo que me lo solicita como doctor en Psicología y como investigador y docente especializado -entre otros procesos- en el estudio del amor desde la Psicología Social. Por ello, aunque me gustaría dejar volar mi "vena artística" (literaria, poética...), supongo que lo que se espera de mí debería estar más cerca de un "discurso científico".

solo en el abandonado sino también, frecuentemente, en quién rompe la relación, bajo la percepción subjetiva de que no tiene otra salida. Desde la Psicología, por supuesto, no se pretende juzgar lo moralmente correcto o no de tales decisiones, sino simplemente tratar de aplicar los conocimientos contrastados para aliviar el sufrimiento de las personas. En este sentido, llama la atención cómo muchas personas, que por lo demás son absolutamente felices con sus parejas, sienten la obligación de abandonar su relación porque ya no experimentan la pasión que les conmovía vehementemente en su origen (¡como si eso fuera posible!), o por sentirse atraídos/as por otra persona (¡como si eso fuera evitable!).

Si la monogamia sucesiva es una opción de vida, asumida "libremente", y que no provoca dolor a uno mismo o a los demás, no será quien esto escribe el que la condene, sino quizá todo lo contrario: el enamoramiento correspondido es una de las sensaciones más intensas y satisfactorias que puede experimentar el ser humano. El problema surge cuando esa "monogamia sucesiva" se torna dolorosa, convirtiéndose realmente en una suerte de "monogamia sucesiva compulsiva", con una persona en busca de la quimérica pasión eterna, imbuida de un conjunto de mitos como el emparejamiento (la supuesta necesidad de tener una pareja), la exclusividad (la supuesta imposibilidad de estar enamorado de dos o más personas al tiempo), la fidelidad (el imperativo de satisfacer todos los deseos eróticos únicamente con la pareja), y la perdurabilidad (la supuesta eternidad de la pasión, si es verdadera). Esto aparece por doquier no solo en la literatura especializada y los estudios empíricos, sino también en las consultas profesionales y personales.

Y persiguiendo esos mitos, o imbuido de ellos, el individuo afronta una serie de paradojas románticas que terminan por desconcertarle:

- la paradoja entre el deseo y la posesión: se desea lo que no se posee; lo que se posee, en el mejor de los casos, se disfruta, pero no se desea -los psicólogos a veces hablamos del "desencanto post-meta"- (como decía el gran Montaigne: "nuestro apetito condena y desdén lo que posee para ir en pos de aquello que no posee")²
- la paradoja entre la idealización y la realidad: la idealización del amado/a, base del enamoramiento y la pasión, choca contra la percepción de la realidad de la pareja al desarrollarse la relación.³
- la paradoja entre la pasión y la convivencia: aprendemos que el enamoramiento, la pasión, deben conducir a la unión estable (llámese matrimonio, pareja de hecho, convivencia, o como se desee), y es precisamente ésta la responsable de la reducción de aquella.⁴ El problema se complica puesto que las normas sociales románticas no solo demandan que la pasión debe conducir a la convivencia, sino además que uno debe sentir pasión -en mayor o menor medida- hacia la pareja con la que convive, lo cual hace que su natural disminución genere -mayor o menor- ansiedad, junto a una interpretación de que ya no hay "verdadero amor".
- la paradoja entre el compromiso y la independencia: el ser humano busca afiliación, seguridad, una implicación especial, un compromiso de unidad y apoyo, pero al mismo tiempo desea mantener su independencia, sentirse autónomo, libre de ataduras, y tiende a evitar las implicaciones excesivamente férreas. Ese dilema universal entre dos polos opuestos se ve espoleado por una sociedad en la que se nos presiona, a la vez, a ambas cosas: a comprometernos con una persona y a ser independientes (especialmente en culturas individualistas como en general las occidentales). No es extraño que el equilibrio subjetivo entre estos dos extremos (compromiso e independencia) aparezca generalmente como uno de los elementos clave en la satisfacción-insatisfacción amorosa (Yela, 1999).

² Un muy revelador ejemplo es la confesión, nada menos que de Melibea a Calisto, en el XIX acto de la Celestina, una vez reunidos, por fin, los anhelantes amantes: "*¿Cómo cantaré, que tu deseo era el que regía mi son y hacía sonar mi canto? Pues conseguida tu venida, desaparecióse el deseo, destemplóse el tono de mi voz*"

³ Sancho a Quijote: "*el amor mira con unos anteojos que hacen parecer oro al cobre, a la pobreza riqueza y a las legañas perlas*" (El Quijote, 2ª Parte, cap.XIX).

⁴ "Cuando dos personas están bajo la influencia de la más violenta, más delirante, y más transitoria de las pasiones, se les requiere que juren que permanecerán en esa condición excitada, anormal y agotadora, continuamente, hasta que la muerte los separe" (G.B. Shaw)

- y, finalmente, la paradoja entre la fidelidad y el deseo de novedad: es, de alguna forma, una aplicación concreta del anterior, y tiene que ver con el choque entre una norma social (la prohibición más o menos tácita y más o menos severa de mantener relaciones afectivas íntimas -y/o sexuales- con otra/s personas diferentes a la pareja) y los deseos no ya solo de promiscuidad o atracción sexual (a los que se refería ya el propio Arcipreste de Hita)⁵ sino a los deseos de seducir y ser seducido (de que uno tiene o mantiene esa capacidad, como punto importante de nuestra autoestima).

Así, no es extraño que el fenómeno amoroso -especialmente en sus fases de enamoramiento y amor pasional- tenga en su misma esencia un carácter ambivalente, como han subrayado tantos artistas y literatos a lo largo de los siglos.⁶

Para finalizar, me referiré a la interpretación particular de algunas fotografías concretas, que me sugieren una relación con procesos románticos que creo resultan de gran interés (obviamente, cada cual tendrá su interpretación particular de las imágenes -lo que, por otro lado, es uno de los objetivos de cualquier obra de arte-). A través de las bellas imágenes que presenta la autora, podemos contemplar también esos mitos y paradojas a las que me he referido. Y así, el idilio en un campo de golf muestra ante todo un espacio de gran profundidad, lo que puede interpretarse como todo lo que le queda a la pareja por recorrer (incidiendo, pues, en el mito del matrimonio o convivencia: que es la pasión romántica -manifestada a través del beso- la que debe conducir al emparejamiento estable). El idilio en apartamento I puede interpretarse como una despedida del marido -o persona con la que se convive- (ya que si fuera el amante, podríamos pensar que tendría lugar dentro de la vivienda, más discretamente), lo que resalta una de las características peculiares y novedosas del amor romántico en nuestro tiempo: que el amor pasional, el matrimonio o convivencia estable y la sexualidad, deben satisfacerse en la misma relación (algo que habrá a quien le parezca lo más normal del mundo, pero que ni es normativo en todas las culturas, ni lo ha sido tampoco en nuestra propia cultura en otras épocas históricas). El idilio en apartamento II muestra a una pareja enamorados, al inicio de su relación (la vivienda por amueblar), lo que apunta nuevamente al mito del matrimonio (esa pasión les conduce a compartir una vivienda). En el encuentro ocasional en suite de hotel I, la cama, la falda más corta, la actitud de la mujer, parecen sugerir que se trata más bien de seducción, de un matiz más erótico, y, dado que se desarrolla en un hotel, podemos pensar que no es su pareja "estable" (al igual que en encuentro en el hotel II), lo que nos suscita el enfrentamiento con la paradoja entre la fidelidad y el deseo de novedad, y su difícil resolución. Por su parte, el idilio en galería de arte muestra a unos amantes que parecen flotar entre seres alados, apuntando hacia una de las características definitorias de lo que llamamos "estado de enamoramiento" (y que erróneamente solemos confundir con el amor -concepto, este último, mucho más amplio, dilatado en el tiempo y con más subtipos y matices-). No extraña que Ortega se refiriera a dicho estado, vehemente, grandilocuente y fugaz (el enamoramiento), como "síndrome de imbecilidad transitoria", un tanto cínicamente, desde luego, pero también con bastante precisión desde el punto de vista psicológico. Por último, el idilio a las puertas del Paraíso es uno de los más elocuentes: los enamorados, que como producto de su amor están a punto de entrar en un estado paradisiaco, donde todo lo demás pasaría a segundo plano, no hacen sino reflejar otro de los mitos románticos, el de la omnipotencia (que el amor verdadero todo lo puede, y de paso todo lo legitima, lo cual puede conducir a nefastas consecuencias -"te maltrato pero te quiero", "me maltrata pero

⁵ *"Si dez verdat el sabio claramente se prueva / omne, aves, animalias, toda bestia de cueva / quieren segund natura compañia siempre nueva / e cuánto más el omne que a toda cosa s'mueva"* (Juan Ruiz: "Libro de Buen Amor". Estrofa 73)

⁶ Bellos y claros ejemplos de ello, entre los innumerables que hay, son las coplas del menor de los Machado: *"ni contigo ni sin ti, tienen mis penas remedio; contigo porque me matas, y sin ti porque me muero"* y *"la pena y la que no es pena, todo es pena para mí; ayer penaba por verte; hoy peno porque te vi"*; o la de Juan Boscán: *"Veros barto mal ha sido, mas no veros peor fuera: no quedara tan perdido, pero mucho más perdiera"*

me quiere"-). El amor tiene una cara positiva, desde luego, y satisface una amplia serie de necesidades básicas para el ser humano⁷, pero también tiene una cara negativa, la que tiene que ver con las presiones sociales, las renunciaciones, y los mitos y paradojas románticas, que apenas hemos esbozado, y, por lo que parece, la socialización romántica tradicional no nos proporciona demasiadas herramientas para hacerles frente.

Referencias:

- Barrón, A; De Paúl, P.; Martínez, D. y Yela, C. (1999): Beliefs and romantic myths in Spain. *The Spanish Journal of Psychology*, 2, 1, 64-73
- Sangrador, J.L.; y Yela, C. (2000): What is beautiful is loved. *Social Behavior and Personality*, 28, 3, 207-218.
- Yela, C. (1999). Predictors of and factors related to loving and sexual satisfaction. *European Review of Applied Psychology*, 49, 4, 235-242.
- Yela, C. (2000). *El amor desde la Psicología Social: ni tan libres ni tan racionales*. Madrid: Pirámide.
- Yela, C. (2003): La otra cara del amor: mitos, paradojas y problemas. *Encuentros en la Psicología Social*, 1, 2, 263-267.

⁷ En este sentido, coincido plenamente con Mariano Yela, cuando escribió aquello de que "*el amor no es necesario para vivir, pero sí para que merezca la pena vivir*"